



Círculo Rojo

LOS CASOS DE MARÍA GÓMEZ.
PRIMER DESTINO

LOS CASOS DE MARÍA GÓMEZ.

PRIMER DESTINO



PILAR COLINO GARCÍA

Primera edición: agosto 2017

Depósito legal: AL 1475-2017

ISBN: 978-84-9175-350-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Pilar Colino García

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Idea de cubierta: Pilar Colino García.

© Fotografía de cubierta: 123rf - villorejo99

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotoco-piar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Para los que nos precedieron y para los que vendrán después.
Y para los que caminan a nuestro lado.

Orgullosos todos de todos.

ÍNDICE

Mi primer destino	13
Estoy preparada	39
Comienza la investigación	51
En busca de nuevas pistas	59
Pesquisas en el bar de Anselmo	67
La pizarra blanca	77
Un paréntesis en la investigación	79
Casi por casualidad.....	83
Las pruebas hablan	87
Pesquisas informáticas	93
Se acerca la Navidad	99
Compras en San Bartolomé	101
Una buena herramienta, ...	105
la informática	105
Nochebuena	107
El día de Navidad.....	113
Nochevieja	119
Año nuevo	123
Una situación comprometida	129
Caso cerrado	137
Días de verano.....	143
Un último servicio.....	157
Nosotros también te echaremos de menos	165
Una despedida especialmente dura	167
Hacia un nuevo destino.....	171

MI PRIMER DESTINO

La guardia civil María Gómez iba a incorporarse a su primer destino.

Cabe decir que sentía toda la ilusión del mundo por hacerlo, pero también un gran nerviosismo por causar una buena impresión y conseguir la mejor valoración de sus superiores.

Comenzaba así un año en prácticas tras un curso académico de aprendizaje en la academia de Baeza, donde había tenido que aplicarse a fondo en el estudio de diversas disciplinas, desde armamento hasta temas jurídicos, pasando por defensa personal y otras materias necesarias para su formación como agente de la Benemérita.

La estancia en Baeza no había resultado fácil, sobre todo al principio, ya que era la primera vez que pasaba tanto tiempo lejos de su familia y los extrañaba muchísimo. Además, María se había propuesto conseguir los mejores resultados posibles para su expediente, por lo que dedicaba muchas horas al estudio y apenas le quedaba tiempo para el ocio, en particular para la lectura de novelas policiacas, su género preferido. Pero también había sido gratificante por los nuevos amigos que había encontrado y el sentimiento de camaradería que habían compartido. Aunque todos estaban deseosos de comenzar una nueva etapa, la despedida no había resultado fácil, incluso se habían derramado algunas lágrimas; pero habían prometido mantenerse en contacto, contarse sus nuevas experiencias a través del grupo de “WhatsApp” que habían creado y volver a verse al cabo de ese año.

Especialmente dura fue la despedida de su amiga Verónica.

Vero y María se conocían desde el colegio, habían ido a la misma facultad y compartido pandilla y confidencias de chicos. Ambas habían superado a la vez las pruebas de acceso a la Guardia Civil y alquilado juntas un piso en Baeza. Sin embargo, ahora cada una había tenido que elegir su propio destino. Vero había optado por la costa de Levante, en un pueblo que bien podía considerarse una pequeña ciudad, rascacielos incluidos, y donde residía todo el año un pequeño contingente de extranjeros jubilados, ávidos por el sol de España. La tarde anterior a su partida, María y Vero habían estado abrazadas más de media hora sin poder separarse. Se prometieron que hablarían tan a menudo como sus obligaciones se lo permitieran y confiaron en poder verse en casa por Navidad.

Además de haberse licenciado en Psicología con excelentes notas, mientras se preparaba para su ingreso en el Cuerpo, María había realizado un master en Criminología, Psicología criminal y Criminalística, además de numerosos cursos sobre temas relacionados: Medicina forense, Estudio de huellas dactilares, Procesamiento de ADN, Perfiles criminales y otros. Su intención y vocación eran pertenecer un día a la Unidad Central Operativa, la UCO, como era conocida por sus iniciales, una unidad especializada de la Guardia Civil encargada de la investigación y persecución de las formas más graves de delincuencia y crimen organizado. Aquello llevaría su tiempo, ya que tendría que continuar su formación y conseguir experiencia en algunas de las Unidades territoriales hasta conseguir una plaza, pero era joven y tenía ilusión por seguir aprendiendo y superarse. Además, era consciente de que le faltaba experiencia en muchos temas relacionados con el día a día del trabajo de la Guardia Civil. Por eso había elegido aquel destino en un pueblo pequeño, porque pensaba que debía empezar en aquel entorno rural, en las mismas tareas que antaño desempeñara su bisabuelo, destinado en Caballería, cuyo sable de oficial ahora estaba en manos de María, que esperaba lucirlo

orgullosamente algún día. Había sido un regalo de Navidad de su tío tras la jura de bandera, que a su vez lo había heredado del abuelo por ser el único nieto varón.

María no era el primer guardia civil de la familia. Podía, incluso, presumir de que sus antecedentes en el Cuerpo se remontaban a finales del siglo XIX, cinco generaciones anteriores a la suya. Además de su bisabuelo, también el padre y el abuelo de este habían sido guardias civiles. La historia de estos hombres estaba reflejada en un libro de páginas mecanografiadas por un hermano del bisabuelo, donde hablaba de la incorporación de su propio abuelo a la Guardia Civil en 1865, apenas veintiún años después de la fundación de la Benemérita. María había buscado en Internet el parentesco que le relacionaba con el susodicho personaje, bisabuelo de su abuelo, y encontró que el nombrecito era trastatarabuelo.

—¡Vaya palabreja! —pensó María—.

El libro narraba anécdotas y situaciones vividas por aquellas dos primeras generaciones de guardias de la familia, acordes con las circunstancias de la época en que les había tocado vivir. Pero lo que realmente impresionó a María era el sentimiento de aquellos hombres que llevaban el lema de la Guardia Civil, “El Honor es mi Divisa”, grabado a fuego en sus corazones. También ellos hablaban de la Cartilla, que entonces sería un librito, ajado y amarillento con el paso de los años de servicio, pero cuyo espíritu era el mismo que el documento en formato PDF que María consultaba en su ordenador.

Al igual que en la sociedad española, había un abismo entre la Guardia Civil de los tiempos de su trastatarabuelo y la actual; las nuevas tecnologías se habían impuesto y se aplicaban técnicas avanzadas para la resolución de los delitos. No obstante, el espíritu seguía siendo el mismo.

María pensaba, sin embargo, que en aquel primer destino no iba a tener muchas oportunidades de poner en práctica sus conocimientos especializados. Gracias a sus brillantes calificaciones

podía haber elegido otro, quizás más cerca de casa, pero siempre había admirado la labor de la Guardia Civil en el entorno rural y pensaba que ese lugar le podría aportar experiencia en el trato con la gente, aspecto que le encantaba y que había orientado sus estudios universitarios. Además, tenía en mente la idea romántica del bisabuelo recorriendo antaño aquellas mismas tierras a caballo, envuelto en su capote verde.

Su destino, Fuenteclara de Lebreros, era un pueblo pequeño de la provincia de Zamora con alrededor de mil trescientos habitantes. Se encontraba en las estribaciones de la Sierra de los Lebreros, de donde le venía el nombre y donde nacía el manantial que nutría el caño de la fuente de la plaza, y en cuya casa cuartel vivía únicamente una familia, la del sargento Miralles.

Camino del pueblo, mientras conducía su nuevo coche, un Suzuki Vitara azul con tracción a las cuatro ruedas, comprado en previsión de los caminos que tuviera que recorrer y que estaría pagando los próximos cinco años, iba recordando la información que había recabado sobre el comandante del puesto, el sargento Braulio Miralles Toledo.

El sargento Braulio Miralles Toledo, como le gustaba presentarse, con sus dos apellidos, tenía cincuenta y ocho años. Aragonés de nacimiento, había ingresado en la Benemérita con veinticuatro, y aquel pueblo, al que había llegado con veintiséis, había sido su primer destino. Y el único. Aunque en sus planes iniciales estaba conseguir con el tiempo un destino en su tierra natal, allí había conocido a su mujer, Carmen, una dulce segoviana que entonces era la maestra de la pequeña escuela del pueblo. Tras dos años de recatado noviazgo, se habían casado e instalado en la casa cuartel de Fuenteclara. En ese punto, Carmen había expresado su voluntad firme e inamovible de seguir ejerciendo una profesión que adoraba, así que ambos habían decidido que ni Aragón ni Segovia y que, salvo órdenes de la superioridad, su vida seguiría transcurriendo en aquel pequeño pueblo zamorano.

Por entonces eran tres los guardias destinados en aquel puesto, todos solteros, por lo que hubo que realizar una pequeña ampliación para que los recién casados dispusieran de su propio espacio. Allí habían nacido sus tres hijos, Antonio, Carmen y Martín.

Braulio Miralles nunca quiso presentarse a ningún otro examen para seguir ascendiendo en el escalafón. Sus ambiciones eran únicamente hacer bien su trabajo y continuar viviendo en aquel pueblo en el que su mujer y él se sentían tan a gusto, estaban perfectamente integrados y eran apreciados por los vecinos. Pensaba que, probablemente, un ascenso implicaría un cambio de destino. Además, Carmen tampoco quería dejar a sus queridos niños de Fuenteclara, lo que constituía una excelente razón de peso.

María divisó el pueblo por primera vez al coronar un cerro. Entonces decidió parar el coche fuera de la carretera y bajarse para saborear ese momento. Era un soleado día de otoño de principios de octubre, con el cielo de un azul intenso y los colores perfectamente nítidos por la limpidez del aire; sin embargo, soplaba un ligero vientecillo, por lo que el ambiente se notaba ya fresco. Sintió un escalofrío y tuvo que ponerse el forro polar. Sabía de las bajas temperaturas que se registraban en la zona y de las nevadas que caían en el pueblo en invierno, y se alegró de haber comprado toda aquella ropa interior térmica a finales de verano, cuando aún hacía calor en su ciudad.

Respiró hondo contemplando el paisaje. Le gustó el pueblo situado sobre la ladera de una colina, sus casas blancas, la mayoría apaciblemente abigarradas en el centro y algunas otras diseminadas por las afueras. La carretera comarcal apenas lo rozaba por la derecha, formaba una isleta central señalizada para la desviación y continuaba hacia la capital de la provincia; a la izquierda se veía un camino que se dirigía hacia la Sierra, entre algunas tierras de labor, y después se perdía internándose en un bosquecillo de pinos. También se veían algunas viñas en las cercanías. Tras la vendimia, las hojas de las cepas empezaban a adquirir un tinte rojizo, color